

viados, con tal que reconociesen el punto dogmático, como lo habían prescrito el concilio de Basilea y Pio IV. En efecto, al prohibir el uso del cáliz, la severidad de la Iglesia tuvo por principal objeto la condenación de estos herejes, que negaban la presencia de Jesucristo todo é íntegro en cada especie. «Para manifestar de una manera mas palpable la verdad católica á todos los fieles, la Iglesia ha dispuesto con mucho acierto que se administre la Comunión bajo una sola especie, que es la del pan ¹.»

CONFERENCIA LXXVI.

EXÁMEN DE ALGUNAS DIFICULTADES RELATIVAS Á LA EUCARISTÍA.

El Teól. Antes de examinar las dificultades que os ocurren sobre el misterio de la Eucaristía, debéis saber lo que oponen los Protestantes á nuestra doctrina católica para rechazar la presencia real, ó bien el dogma de la transustanciación.

Los partidarios de Calvino nos dicen primeramente que las expresiones del Cristo, consignadas en el capítulo vi de san Juan, deben entenderse en sentido de una comida por la fe; porque despues de las murmuraciones de algunos discípulos siguen estas palabras del divino Salvador: *El espíritu es quien da la vida: la carne de nada sirve: las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son*; es decir, según la interpretación de los Calvinistas: «Tranquilizaos, no se trata de nada extraordinario; pues lo que os anuncio es una comida en figura por la fe: desechad la idea de la realidad de mi cuerpo y de mi sangre.» El que examina el conjunto de los textos sagrados relativos á la Eucaristía, conoce con evidencia que Jesucristo expresa la comida verdadera y real de su cuerpo, y la comunión de su sangre. No habréis olvidado las pruebas que adujimos en una de las últimas conferencias, pero el pasaje de san Juan, alegado por los disidentes, no menoscaba en lo mas mínimo la solidez de aquella demostración católica.

El Salvador dirige estas palabras á los discípulos para darles á entender que no debe comerse su carne como una carne ordinaria, es decir, á pedazos, según el grosero sentido de los cafarnaitas, sino que su carne se recibe unida á su espíritu vivificador, ó sea, que se

¹ Catec. del Conc. Trid.

recibe su cuerpo vivo. Dichas palabras pueden tambien explicarse de la manera siguiente: Yo os daré á comer mi cuerpo, mas no carnalmente, como imagináis, pues para que produzca la vida eterna se requieren unas disposiciones muy santas en los que reciben mi carne, debiendo estar animados del espíritu de fe y de un verdadero afecto amoroso. Estas explicaciones parecen suficientes al que busca la verdad en sí misma, sin estar dominado por preocupaciones de secta; pero tambien presentamos á los Protestantes otra explicación mas conforme con el lenguaje ordinario de los Libros santos y con el contexto de las palabras del Salvador. Esta explicación es como sigue: «Quien vivifica y da la inteligencia de estas verdades es el espíritu de Dios, pues la carne de nada sirve para entenderlas: las palabras que os he dirigido son de suyo espíritu y vida, y así solo puede entenderlas el que está animado del espíritu de Dios y vive de la fe.» Porque, como observa el sábio Maldonado, cuando en la Escritura se contraponé la palabra *carne* á la de *espíritu*, no debemos tomarla por la sustancia de la carne misma, sino por la debilidad y el defecto que resultan de la naturaleza humana. Cuando el Salvador afirma, decia san Crisóstomo, que su carne no sirve de nada, no debe esto entenderse de la suya propia, sino de los que dan á sus expresiones un sentido carnal ¹.

Los mas de los Protestantes se empeñan en explicar las palabras de la institución en favor del sentido figurado, según el sistema de Calvino, que no admite la empanación ni la consustanciación de los Luteranos: así suponen que estas palabras: este es mi cuerpo, quieren decir: este pan es mi cuerpo, ó sea, la figura de mi cuerpo. Según ellos, el verbo *es* se confunde con *significa*, y para justificar esta interpretación apelan á otros textos sagrados en que verdaderamente se le toma en este sentido; mas antes de examinar esta explicación exegética, debéis observar que las proposiciones pueden ser especulativas ó prácticas: las primeras suponen preexistente el objeto; las segundas hacen lo que expresan, por ejemplo, sea la luz, pues aquí el efecto se produce al fin de la proposición. Ahora veremos con el célebre cardenal Belarmino si estas palabras, Este es mi cuerpo, quieren decir este pan es mi cuerpo, de donde puedan inferir los Calvinistas esta otra proposición, Este pan es la figura de mi cuerpo. La dificultad estriba en el pronombre *hoc* que, según los disidentes, se refiere esencialmente á *pan*. No poseyendo ya el texto primitivo de san Mateo, debemos contentarnos con las traducciones griega y la-

¹ Homil. 46.

tina que ya conocéis : *Hoc est corpus meum*, τούτο ἐστὶ τὸ σῶμά μου ; *hic est sanguis meus*, τούτο ἐστὶ τὸ αἷμά μου. *Hoc, hic, y τούτο* deben considerarse como adjetivos ó como sustantivos : en la primera hipótesis no pueden referirse al pan ni al vino, pues en lugar de estas palabras debiera leerse *hic* con *corpus meum*, y *hoc* con *sanguis meus*, porque *panis* pertenece al género masculino, y *vinum* al neutro. En griego se hace también necesario este cambio, pues en vez de τούτο ἐστὶ τὸ σῶμά μου, debiera leerse : οὗτος ἐστὶ, ἄρτος, porque pan es masculino; y también en vez de τούτο, etc., debiera decirse οὗτος, οἶνος, porque vino es también masculino.

Si se consideran estos pronombres como sustantivos, resulta muy equívoco y singular el lenguaje del Salvador, tomando *hoc* por el pan que tenía en la mano, pues hubiera sido una manera muy insólita de expresarse, al paso que el simple buen sentido prescribía que se dijese: Este pan es mi cuerpo, este vino es mi sangre. Por lo demás los Calvinistas se ven forzados á reconocer que en éstas dos proposiciones los pronombres se refieren al pan y al vino; y si es evidente que en la segunda no es posible establecer una relación semejante, quedamos autorizados para desecharla también en la primera. Hé aquí, según san Lucas, los términos de la consagración del cáliz : τούτο τὸ ποτήριον, ἡ καινὴ διαθήκη ἐν τῷ αἵματι μου τὸ ὑπὲρ ὑμῶν ἐκχυρόμενον. Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramará por vosotros; y aunque en castellano, como en latín, estos términos, que se derramará por vosotros, pueden absolutamente referirse á la palabra sangre, no sucede lo propio en el texto griego, porque el τὸ solo está en relación con ποτήριον, cáliz: así lo que debía derramarse para salvar á los hombres era el contenido del cáliz. Los Protestantes, lo mismo que nosotros, no admiten que el Cristo haya derramado vino para nuestra redención; de donde se sigue que el cáliz debía contener la sangre del Redentor, y que el τούτο no se refiere á vino. Estas explicaciones de los teólogos en mi concepto no dejan nada que desear, pues establecen hasta la evidencia que las palabras *hoc est* no pueden significar *hic panis est corpus meum*, *hoc vinum est sanguis meus*, que por consiguiente es imposible el sentido figurado, y que los Calvinistas nunca podrán deducir lógicamente la proposición : Este pan es la figura de mi cuerpo.

Los Católicos explicamos las palabras de Jesucristo de la manera siguiente : Si cuando las pronunció, la consagración estaba ya hecha por un acto de su voluntad, en esta proposición, *Hoc est corpus meum*, *hoc* se refiere á *corpus*, lo mismo que en griego τούτο á σῶμά

μου; y en esta otra, *hic est sanguis meus*, *hic* está en relación con *sanguis*, y en griego τούτο con αἷμα μου. Ninguna dificultad presenta tampoco el texto de san Lucas, pues este cáliz, etc., viene á significar, lo que está contenido en este cáliz, que se derramará por vosotros: lo cual está conforme con el texto original τούτο ποτήριον... τὸ ἐκχυρόμενον. Si, por lo contrario, Jesucristo ha consagrado por medio de estas palabras, *hoc, hic calix*, tienen un sentido vago ó indeterminado, á saber : esta cosa, este sustento, lo que tengo en la mano, lo que se contiene bajo estas especies en este cáliz, que hasta ahora ha sido pan y vino, es mi cuerpo, es mi sangre. En el griego se lee siempre τούτο, esto, en el género neutro, que se presta muy bien á este sentido vago; de suerte que tanto si se consideran estas proposiciones como especulativas ó como prácticas, siempre nos deparan el medio fácil de darles una solución conforme con las reglas del lenguaje, del buen sentido y de la fe.

Los Calvinistas y otros protestantes que rechazan la presencia real en la Eucaristía, alegan varios pasajes para dar al verbo *es* el sentido de *significa*. Confesamos que en algunos textos del Antiguo y del Nuevo Testamento se le debe explicar efectivamente de esta manera; mas esta interpretación la exigen ó la indican las circunstancias en términos suficientes. Así en estas palabras del Génesis, *Este es el pacto*, la significación del verbo se explica por medio del siguiente texto : *Para que esta circuncisión sea señal (sit in signum) de la alianza contraída entre mí y vosotros*¹. Ninguna dificultad ocurre cuando José emplea *son* por *significan*, pues entonces se trataba de la interpretación de un sueño. Respondió José : Los dos sueños del Rey significan una misma cosa; las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas siete años *son* de abundancia; las siete vacas flacas y extenuadas *son* siete años de hambre que han de venir². ¿Quién puede equivocarse? Cuando Daniel decía á Nabucodonosor : Tú, pues, eras la cabeza de oro, estas palabras no eran otra cosa que la explicación de un sueño³. Zuinglio daba mucha importancia al sentido figurado de estas palabras del Éxodo, pues es la *Pascua del Señor*; pero aquí el verbo *es* no ofrece tampoco ningún sentido equívoco, porque los hebreos comprendían sin dificultad que el cordero era la víctima de la Pascua, como se expresa en el mismo contexto : Les responderéis : Esta es la víctima del paso del Señor⁴.

También vemos empleado á veces de una manera figurada el verbo *ser* en el Nuevo Testamento; por ejemplo, cuando el Salvador

¹ Gen. xvii. — ² Ibid. xli. — ³ Daniel, ii. — ⁴ Exod. xii.

dice de sí mismo: *Yo soy la puerta, yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador*; ¿mas quién puede equivocarse sobre el sentido de estas palabras? No hay que olvidar que Jesucristo no hablaba de la puerta ni de la vid, como hablaba de su cuerpo en la Eucaristía, pues nunca dijo: Esta puerta soy yo; así sobre ser muy fácil hacerse cargo de esta metáfora, el mismo Salvador la explica inmediatamente: *Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto, si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estais unidos conmigo*¹.

De lo dicho resulta que el sentido figurado de estos diversos pasajes está indicado claramente por varias circunstancias y usos conocidos: todas las razones debían inducir á los Apóstoles á reconocer la presencia real en las palabras de la consagración, pues era para ellos el cumplimiento de la promesa que el Salvador había hecho de dar á comer su cuerpo y á beber su sangre. Ni el pan ni el cáliz que tenía en la mano podía sugerirles naturalmente la idea de una figura relativa á su cuerpo y á su sangre. Por otra parte los Calvinistas no pueden negar que los discípulos entendieron dichas expresiones en el sentido de la presencia real, pues de ello suministran el mas solemne y cumplido testimonio muchos pasajes de las Actas y de san Pablo, la creencia de las iglesias fundadas por los Apóstoles y la tradición de todos los siglos. Además ¿sería posible que Jesucristo hubiese dejado de indicar á los varones apostólicos un error tan grosero, una idolatría tan material, ó que los Cristianos no la hubiesen conocido hasta la remota época de la reforma de Carlostadio, de Zuinglio y de Calvino? Examinad estas consideraciones y juzgad.

Veamos rápidamente las dificultades que presentan las especies eucarísticas. El concilio de Trento excomulgó al que se atreviese á afirmar que en el santísimo sacramento de la Eucaristía queda con el cuerpo y la sangre de Jesucristo la sustancia del pan y del vino, como también al que negase la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre, pues solo quedan las especies del pan y del vino². Resulta, pues, que por medio de la transustanciación se verifica un cambio completo de la sustancia del pan en el cuerpo, y del vino en la sangre de Jesucristo, siendo sin embargo los mismos para nuestros sentidos, despues de la consagración, el color, la figura, el olor y el sabor del pan y del vino, como que nos representan al pan y al vino de la misma manera que antes de la consagración. Esto es lo que se llama las espe-

¹ Joann. xv. — ² Ses. 13.

cies: es decir, las apariencias de estas sustancias; y si se nos pregunta cómo pueden subsistir estas especies despues de la transustanciación, responderemos que en esto consiste el misterio, confesarémos sencillamente nuestra ignorancia, y nos limitaremos á creer con la Iglesia que despues de las palabras sacramentales no queda otra cosa que las especies. Sin extraviarnos en investigaciones que no pueden acarrear ningun resultado satisfactorio, consideramos la Eucaristía como un dogma misterioso, rodeado de dificultades que nuestra razón es impotente para profundizar ó explicar. Hé aquí lo que queda justificado completamente por los vanos esfuerzos de algunos doctores, que se han fatigado para hallar el sujeto de las especies del pan y del vino en el Sacramento eucarístico.

Suponen unos que estas especies subsisten en el mismo cuerpo del Salvador: otros dicen que en el aire ambiente, otros la reconocen en una materia indefinida, que existe entre las partículas del pan, y que continúa existiendo despues de la consagración, porque solo queda transustanciada la sustancia del pan, y finalmente otros niegan la existencia de especies objetivas, diciendo que Dios nos hace experimentar milagrosamente las mismas sensaciones que antes de la consagración nos producian el pan y el vino; pero léjos de resolver el problema, todos estos sistemas son difíciles de conciliar con las decisiones del concilio de Trento. Dejemos, pues, estas ideas, y para evitar una discusión estéril cuando menos, atengámonos al comun sentir de los teólogos; que creen con santo Tomás que los accidentes del pan y del vino existen en la Eucaristía *sin sujeto*. El Catecismo del concilio de Trento formula esta opinion en los siguientes términos: «Resta ahora declarar lo tercero, que en este Sacramento parece no menos grande que maravilloso, esto es, que las especies de pan y vino están en este Sacramento *sin sujeto alguno*. Porque habiéndose demostrado ya que el cuerpo y sangre del Señor están verdaderamente en el Sacramento de tal modo, que no queda allí mas sustancia de pan ni de vino, como estos accidentes no pueden estar sostenidos del cuerpo y sangre de Cristo, síguese que sobre todo orden de naturaleza subsistan por sí mismos, sin estar asidos á otra cosa ninguna. Esta fue la perpétua y constante doctrina de la Iglesia católica.» Tales son las cuestiones que he debido explicaros antes de examinar vuestras dificultades. Ahora podeis proponerlas á vuestro gusto, en los términos que las concebís.

El Dr. Aunque no dejan de ser muy graves para mí, no deberá costaros mucho su resolución. Voy, pues, á exponerlas todas como en un

cuadro, para que no tengais que emplear tanto tiempo en escucharlas. En primer lugar, parece muy extraordinario, y aun contrario á la naturaleza, que en la transustanciacion queden aniquilados el pan y el vino, y luego que los accidentes existan sin sujeto. ¿Es posible que el cuerpo del Cristo exista todo é íntegro en muchos lugares á la vez, en el cielo y en la Hostia consagrada, y aun en todas las partes de la Hostia, aunque se la suponga dividida hasta lo indefinido? Si todo cuerpo necesita su cantidad ó su dimension natural, ¿era posible que Jesucristo se tuviera á sí mismo en las manos? ¿Cómo puede ser que esté contenido en una Hostia tan reducida? Y si suponeis que este cuerpo no tiene cantidad ni dimensiones, ¿no debe decirse mas bien que es un espíritu puro? Ved además...

EL TEÓL. Hagamos alto en estas preguntas, y luego propondréis las otras, porque de esta suerte las respuestas serán mas directas y mas claras. Primeramente debo advertiros de nuevo que siendo la Eucaristia un misterio superior á nuestra inteligencia, no pueden exigirse explicaciones sobre la misma naturaleza del dogma ni sobre la manera con que se realiza: así me contraigo á manifestaros que en el misterio de la Eucaristia no hay nada falso ni absurdo. El que quiere pasar mas adelante, incurre en una temeridad reprehensible.

Comenzando por la aniquilacion extraordinaria y opuesta á la naturaleza, como decís, debo declararos que algunos teólogos no la admiten, porque la creen incompatible con una verdadera conversion de sustancia. En efecto, dicen estos teólogos, ¿cómo es posible justificar en esta hipótesis el cambio de toda la sustancia del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo? Lo que se aniquila no puede ser convertido en otra cosa, y es claro que no debe haber aniquilacion cuando se exige una conversion verdadera. Segun esta doctrina, que sois muy dueño de adoptar, no hay aniquilacion absoluta; pero, segun otros teólogos, la transustanciacion consiste en la cesacion ó destruccion de la sustancia del pan, en cuyo lugar se sustituye el cuerpo de Jesucristo. Ningun absurdo hay en esta doctrina; y el que niega la posibilidad de la transustanciacion «niega á Dios el poder de destruir un pedazo de pan y de ocultar un cuerpo humano bajo sus apariencias¹.»

¿Qué podemos añadir á lo que hemos dicho de los accidentes de la Eucaristia? Confesamos ingenuamente que no comprendemos el modo como subsisten sin sujeto; pero nadie tiene derecho á señalar en nuestra creencia una imposibilidad absoluta. Acaso se diga con

¹ Véase el R. P. Perrone, de *Eucharistia*.

la autoridad de la ciencia humana que los accidentes deben estar anejos á alguna sustancia, porque de lo contrario es imposible concebirllos; mas aunque reconocemos que así debe ser en el orden de la naturaleza, ¿puede por ventura demostrarse por medio de esta analogia que la existencia de los accidentes sin sujeto es imposible en el orden sobrenatural y milagroso? Creemos ciertamente que no.

Para comprender la solucion que debe darse á vuestra segunda dificultad, es preciso tener una idea de las tres maneras con que puede hallarse un ser en uno ó en muchos lugares. Segun el primero de estos modos, llamado *circunscripcion*, un cuerpo puede ocupar un espacio segun su cantidad ó dimensiones, de suerte que exista todo é íntegro en este lugar, y cada una de sus partes corresponda á las partes de dicho espacio; así existe nuestro cuerpo en el lugar en que nos hallamos. En el segundo, modo *definido*, la sustancia existe toda é íntegra en todo el lugar y en cada una de sus partes, y así existe el alma en nuestro cuerpo. La tercera manera de ser es la que se llama *sacramental*, y consiste en que Jesucristo existe todo é íntegro en la Hostia consagrada y en cada una de sus partes, pero de modo que su cuerpo existe en un lugar pudiendo al propio tiempo estar en otro.

No tenemos que averiguar si el cuerpo del Salvador puede hallarse en muchos lugares á la vez de una manera circunscrita, porque los teólogos reconocen que no existe de este modo en la Eucaristia; y, como nos enseña el concilio de Trento, está sentado en los cielos á la derecha del Padre, segun su *manera natural de existir*; pero está presente de un modo sacramental en otros muchos lugares, y existe con nosotros por su sustancia¹. Por tanto debemos atenernos á este modo sacramental; mas ¿quién puede ver una imposibilidad manifiesta en que el cuerpo de Jesucristo exista de esta manera en muchos lugares á la vez? ¿Por ventura no es esto lo que sucede con el alma, respecto de cada parte del cuerpo? Y no importa que estos lugares sean ó no sean continuos, pues aunque se hallen á distancia, como la cabeza y los piés, el espíritu existe real y verdaderamente en muchos lugares á la vez. ¿Será que Dios no exista todo é íntegro en el cielo, y todo é íntegro en la tierra? Y si suponeis la existencia de otro mundo sin relacion alguna con este, ¿será que tampoco exista Dios todo é íntegro en uno y otro? Los Calvinistas dirán que de una naturaleza espiritual no se desprende ninguna induccion que se refiera á un cuerpo; pero la verdadera dificultad consiste en explicar

¹ Ses. 13.

cómo puede una sustancia hallarse presente en muchos lugares á la vez. Por lo demás, si nos explican la esencia de un cuerpo y nos indican los límites del poder divino, tal vez reconoceremos la imposibilidad de semejante analogía.

Reasumamos en breves palabras estas nociones de la presencia real. El cuerpo de Jesucristo no existe de una manera circunscrita en la Eucaristía, como en el cielo, con dimensiones naturales y locales, sino de una manera sacramental, pues no existe por multiplicacion, continuacion ó division del cuerpo que está en el cielo. Con efecto, el cuerpo de Jesucristo existe todo é íntegro en el cielo, y todo é íntegro en la tierra; es un solo y mismo cuerpo, y solo se diferencia en la manera de existir.

También extrañais que el cuerpo de Jesucristo exista en todas las partes de la Hostia. Cuando se la considera antes de la division, no hay necesidad de admitir como un dogma de fe que el cuerpo exista en cada parte divisible de la Hostia; pero despues de la division, Jesucristo existe real y verdaderamente todo é íntegro en cada parte, por numerosas que sean. Concluyendo esta explicacion debo manifestaros que el cuerpo del Salvador no existe en la Eucaristía en virtud de la divinidad del Verbo que se halla presente en todas partes, como han supuesto algunos luteranos, llamados por esta razon *ubiquistas*, sino que se halla bajo las sagradas especies por la consagracion sacramental; de manera que si esta cesara en todo el mundo, el cuerpo de Jesucristo no existiria sino en el cielo. Así es que los herejes, arrastrados por sus sistemas erróneos, llegan al extremo de alterar las mas antiguas creencias de un dogma cristiano para dar un punto de apoyo á sus innovaciones; y así es que los Luteranos ubiquistas deben aceptar el Eutiquianismo, que confunde las naturalezas en Jesucristo, para poder atribuir á su cuerpo la inmensidad divina.

EL DR. Estas explicaciones aligeran muy mucho las otras dificultades que me habian ocurrido.

EL TEÓL. Mejor será que las deis por resueltas. El cuerpo de Jesucristo no existe en la Eucaristía de una manera *circunscrita*, con dimensiones locales, ó como una cantidad extensa, pero sí existe en realidad y de una manera sacramental. No se crea sin embargo que este cuerpo deba considerarse como un espíritu, pues esto seria una contradiccion en los términos, porque la sustancia corporal existe esencialmente, aunque sin las calidades capaces de afectar á nuestros sentidos. Además el cuerpo de Jesucristo existe en la Eucaristía

lo mismo que en el cielo; porque, segun hemos observado ya con el concilio de Trento, el Cristo existe todo é íntegro en el cielo en su manera natural de existir, y asimismo todo é íntegro en la Eucaristía de una manera sacramental, aunque en realidad. Así cuando hablamos del cuerpo del Salvador en el Sacramento, nós referimos á su cuerpo, en cuanto posee todo lo que esencialmente le constituye, aunque sin dimensiones locales, ó sin calidades accesibles á los sentidos. Una vez admitida en la Eucaristía esta manera de existir, no hay que preguntar de qué modo puede estar contenido este cuerpo en la parte mas diminuta de la Hostia, ó de qué modo podia Jesucristo tener su propio cuerpo en la mano. Por último tampoco extrañaréis lo que creen muchos santos Padres y los mas de los teólogos, á saber, que Jesucristo comió su propio cuerpo y bebió su propia sangre. ¿Teneis otras dificultades que proponer?

EL DR. Dos ó tres en mi concepto muy singulares, como que ni siquiera acierto á manifestarlas... Me parece que es indigno del Cristo moler y digerir su cuerpo como un manjar cualquiera, exponerle á la profanacion, desmenuzarle, echarle en el lodo, pisotearle, darle á comer á los animales, y sujetarle á todas las vejaciones que se quiera. Finalmente, desearia saber qué es lo que sucede con el cuerpo del Salvador cuando ya no existe bajo las especies transformadas: ¿será tal vez que quede aniquilado?

EL TEÓL. Singulares son en efecto vuestras dificultades, pero pronto conoceréis que carecen de fundamento; porque todos estos accidentes que habeis enumerado no pueden alcanzar al cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, pues únicamente conciernen á las especies que contienen el sagrado cuerpo. En la Comunión se le recibe real y verdaderamente, pero sin que pueda ser masticado, desmenuzado, molido ni digerido, porque todo esto no puede decirse sino de las especies. El cuerpo de Jesucristo existe donde existen las especies, sin experimentar sus accidentes, como tampoco alcanza directamente al alma en sí misma todo lo que ocurre en el cuerpo. ¿Diréis acaso que el alma cae ó que puede ser pisoteada, desmenuzada y molida, cuando el cuerpo sufre estos accidentes? ¿Quién puede creer que el alma de los Mártires, por ejemplo de san Ignacio, fue triturada por el diente de los leones, y luego digerida por estos animales? Pues si no podeis decir esto, tampoco podeis decir que sufra estos accidentes el cuerpo de Jesucristo, que está presente de una manera sacramental en la Hostia, pues solo conciernen á las especies de la Eucaristía.

Preguntais finalmente qué es lo que sucede con el cuerpo del Sal-

vador, cuando deja de existir bajo las especies transformadas; mas no creais que quede aniquilado, porque no experimenta ningun cambio en sí mismo. Lo único que sucede es, que dicho cuerpo, que está en el cielo, no existe ya de una manera sacramental en el lugar en donde existía, como tampoco existe el alma en los miembros separados del cuerpo.

No negaré que todo esto es muy extraordinario, superior al orden natural, y que nunca será posible explicar la insondable profundidad de este dogma por medio de la sola luz de la razon; pero, segun habréis observado, no es esta la senda que hemos emprendido al demostrar este inefable misterio.

Por lo que hace á las humillaciones de Jesucristo en este Sacramento de su ternura, sin duda las comprendemos mejor que todos aquellos hombres que se sienten inducidos por ellas á desechar la adorable Eucaristía. Sí, nos complacemos en reconocerlo y proclamarlo con un profundo sentimiento de amor y de gratitud: nuestro divino Redentor se digna descender hasta la *indignidad* al obedecer á la palabra del sacerdote y al velar el esplendor de su gloria bajo las especies eucarísticas; pero tambien dirémos con Tertuliano que el objeto de estas humillaciones es digno y grandioso, puesto que sirven para santificar y para salvar al hombre, criado á imágen y á semejanza de Dios ¹.

CONFERENCIA LXXVII.

EL SACRIFICIO DE LOS CRISTIANOS.

EL TEÓL. La Eucaristía, que acabamos de considerar como Sacramento, es tambien el gran sacrificio de la nueva ley; así debemos examinarle igualmente bajo este punto de vista, tan interesante para los fieles llamados á compartir con el sacerdote los efectos de una oblacion tan santa. Comencemos por algunas investigaciones sobre el sacrificio en general, porque en mi concepto son indispensables para hacerse perfectamente cargo del conjunto de tan importante cuestion. En su sentido lato, segun san Agustin, la palabra sacrificio puede significar cualquiera obra buena que se hace para honrar á Dios, como la oracion, la alabanza, la adoracion y los actos de las otras

¹ Lib. c. Marci...

virtudes. Muchos son los ejemplos que los sagrados Libros nos ofrecen de estas piadosas ofrendas hechas al Señor: *Ofrece á Dios un sacrificio de alabanza* ¹, nos dice el Rey profeta, *ofreced sacrificios de justicia* ², *el espíritu compungido es el sacrificio mas grato á Dios* ³. San Pablo escribia á los romanos: *Hermanos míos, os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos* ⁴; mas si se le considera en el sentido propio y teológico, el sacrificio es la ofrenda que un ministro legítimo hace únicamente á Dios de una cosa sensible, consagrada por algun rito misterioso, destruida ó transformada para reconocer el poder soberano del Señor sobre todas las criaturas.

Acaso Dios no hubiera prescrito sino ofrendas incruentas si el hombre hubiese permanecido fiel en su camino; pero despues del pecado quiso sacrificios cruentos, el sacrificio *de la vida*, para mostrar á los prevaricadores en el espectáculo de la muerte de las víctimas el terrible castigo que habian merecido con abusar del beneficio de la existencia, si el Señor hubiese querido ejercer en ellos el rigor de su justicia. Aquellas oblaciones eran tambien la figura sensible del gran sacrificio de nuestro divino Medianero, que debia pagar con su sangre la redencion del género humano.

Así el pueblo de Dios como las naciones ofrecieron despues del diluvio varios sacrificios al Señor. Verdad es que no tenemos los mismos datos para señalarlos durante los tiempos antediluvianos; mas no admite duda que las ofrendas de Abel y de Caín reunian las condiciones de un verdadero sacrificio, y que este culto divino se conservó constantemente hasta la época de Noé. Este Patriarca destruía las víctimas que ofrecia al Señor, inmolaba animales en holocausto, y sus descendientes continuaron estas oblaciones, cuyo olor habia sido agradable á Dios. Cuando Abrahan volvió triunfante, despues de la derrota de Codorlahomor y de otros Reyes ⁵, salió á su encuentro Melquisedec, rey de Salem, le bendijo, y ofreció pan y vino, porque era sacerdote del Altísimo. En seguida vemos al Padre de los creyentes inmolar víctimas por orden del Señor.

Durante la esclavitud que sufrieron en Egipto, los hebreos pudieron continuar ofreciendo sacrificios segun las tradiciones de los Patriarcas; mas habiendo Moisés recibido del Señor, despues de la emancipacion, la orden de regularizar el culto de su pueblo, quedaron prescritos y determinados los sacrificios para la eleccion de las víctimas y la manera de inmolarlas. Estos sacrificios se hacen toda-

¹ Ps. XLIX. — ² Ibid. IV. — ³ Ibid. I. — ⁴ Rom. XII. — ⁵ Gen. VIII, 14, 15.